

Presentación

JAVIER DEL PRADO

Los artículos que siguen son fruto de un coloquio ya lejano, como suele ocurrir con la investigación universitaria. Tras el tiempo transcurrido, cabe preguntarse si *la naturaleza del héroe* que en aquella ocasión intentamos definir y describir no forma parte ya, hecha jirones, de los harapos de una guardarropía heroica con la que difícilmente hoy podríamos identificarnos.

Ésta era la prevención que tenía yo antes de volver a pensar en su publicación; pero tras haberlos releído con vista a la elaboración de este texto, escrito a modo de prólogo, me doy cuenta de que las verdades que pertenecen al campo de las humanidades no pasan. Suelen ser verdades intrascendentes, pero no pasan. ¿Cuál será la razón de que, contrariamente a todo aquello que se refiere a las ciencias físicas y químicas, los pequeños hallazgos, las intuiciones insignificantes, los análisis críticos que nacen a la sombra del estudio profundo del hombre (sus deseos, sus frustraciones, sus sueños, sus llamadas a fuerzas invisibles que sólo existen a veces en su imaginación) sigan teniendo vigencia a pesar del paso de los años, como la tiene la estatua griega comida por el musgo y los óxidos, manca o coja, que el arqueólogo acaba de descubrir o la vasija costrosa, recubierta de conchas, que el buceador saca a la luz de su lecho de escorias y siglos? Una vigencia que siempre conmueve, a pesar de su olor a pasado —rancio en ocasiones de olvido descuidado o con su olor a laurel o a naftalina— si fue cuidadosamente guardada en el arcón, en espera de tiempos mejores.

Esta realidad debería hacer reflexionar a los velocistas de la investigación en humanidades que, imitando a sus colegas «científicos», empiezan a invadir los despachos del mundo de las letras, con el pensamiento, a mi modo de ver equivocado, de que el trabajo filosófico, estético o literario debe adoptar el ritmo de una producción de rentabilidad inmediata, esclava de una economía de producir-gastar-tirar, en la que los articulitos improvisados con vistas a congresos circunstanciales sobre temas que no se han madurado a lo largo de no-

ches de insomnio y de días de ensueño¹, suelen ser pan-bimbo para hoy y hambre para mañana. Artículos de los que nos arrepentimos en cuanto recibimos las galeradas del libro de actas que generosamente los publica, pero que nos permiten sentirnos instalados en la modernidad de manera permanente, cuando sólo atendemos al reclamo del último grito.

La naturaleza del héroe en la novela occidental. Este título que en su día propuse me sigue obsesionando aún. Creo que esta naturaleza define dos aspectos literarios de suma importancia, a la par que *nos sitúa* a todos frente al núcleo esencial de la obra literaria, en especial de la novela: el conflicto entre individuo y sociedad.

El primer aspecto se refiere a la evolución misma de la historia occidental de la novela: esta evolución se define tanto, o más, por esta naturaleza (en su paso de una visión teologal del hombre, con voluntad trascendente, a una visión biológica e histórica asentada en una inmanencia que sólo da cuenta de las fuerzas materialistas que lo mueven) que por la evolución de las formas narrativas; y, aunque así no fuera, veo muy difícil que se pueda explicar el nacimiento y la sucesión de las distintas formas narrativas sin tener en cuenta el movimiento temático profundo que modifica (en la realidad o en la ficción) la naturaleza de los héroes: paso de una narración unitaria a una narración fragmentada, emergencia del diálogo narrativo bajo el señuelo del efecto realista, emergencia desmesurada de la descripción como aplicación del determinismo biológico y medio ambiental en el que se mueven los héroes naturalistas, organización compulsiva del relato a partir de los movimientos epifánicos del protagonista, etc.

El segundo aspecto se refiere al hecho puramente crítico o profundamente ideológico que podríamos formular de la siguiente manera: el estudio de la naturaleza del héroe divide a los críticos en dos campos que esgrimen para su interpretación presupuestos difícilmente conciliables.

De un lado están los que pretenden ver en la organización actancial de una novela el predominio exclusivo de fuerzas trascendentes, ya se sitúen éstas en el campo de lo metafísico tradicional o en el campo de lo mítico (atribuyendo a esta categoría una naturaleza que trasciende a la pura historicidad de las fuerzas que lo configuran) ya se sitúen en el campo de lo histórico material, buscando en ellas los arquetipos o los mitos que le dan su auténtica substancia.

Del otro lado están los que reducen la organización actancial al predominio exclusivo de las fuerzas materiales e históricas: poder, dinero, sexo.

Así, mientras que los primeros buscan de manera denodada los elementos míticos que sustentan al héroe moderno, ligado a la evolución de la novela rea-

¹ «Ce qu'il nous faut à nous, c'est l'étude sans trêve.
C'est l'effort inouï, le combat nonpareil,
C'est la nuit, l'âpre nuit du travail, d'où se lève
Lentement, lentement, l'Oeuvre, ainsi qu'un soleil»
(Verlaine, «Épilogue», in *Poèmes saturniens*).

lista, a pesar de que aquel éste cada vez más condicionado en su existencia problemática por las fuerzas que rigen el principio del materialismo histórico, los segundos se empeñan en reducir a simple retórica, propia del eufemismo social y literaria, toda la panoplia de fuerzas misteriosas y de recursos mágicos que configuran la naturaleza del héroe tradicional —incluidos los héroes medievales, a pesar de su enorme impregnación mítica o mágica—.

Opciones críticas y opciones ideológicas de difícil conciliación que no saben dar, por un lado, a las fuerzas históricas la validez que tienen de cara al principio de evolución, de transformación y de alejamiento por parte del hombre de los principios que un día configuraron su visión de mundo y de las cosas y que, por otro, se muestra incapaz de ver en mitos y gestos mágicos algo más que una retórica, algo más que una simple organización semiótica materialista: la plasmación conceptual e imaginaria de unas fuerzas, de una realidad secreta del hombre, que la historia y la biología no han desvelado en el pasado (y el hombre no puede vivir en la esperanza hipotética de los futuros hallazgos de la ciencia) y que están aún muy lejos de desvelar. Este radicalismo impide, a mi juicio, interpretar equilibradamente la naturaleza del héroe zoliano, dominado de manera aparente por unas fuerzas que pertenecen de lleno a lo que se llamaba ya cuando Zola escribía el materialismo histórico o el determinismo materialista y que, sin embargo, sienten bullir en su interior unas pulsiones, unos movimientos que se escapan de la pura materialidad biológica y social de su existir.

Todos estos problemas quedan plasmados en las páginas que siguen en las que, de manera voluntaria (si no hubiera sido imposible captar la naturaleza del héroe desde una conciencia de tránsito, de evolución y de cambio) pasamos de textos medievales a textos clásicos y a textos cada vez más modernos.

A los que han esperado para publicar aquí, ahora, sólo me queda darles las gracias, no sólo por el texto sino por seguir fieles al principio científico que esbozaba al comienzo de estas páginas: no todo lo que se lee en un congreso o seminario hay que publicarlo de manera inmediata (¡ni siquiera hay que publicarlo!); se pueden fabricar lejías y detergentes de la noche a la mañana; todos sabemos los días y las noches que hacen falta para que nazca un Sauterne, desde que grana la uva y se pudre por los ribazos pedregosos de Saint-Émilion hasta que acaba, lustral y solar, en la copa del que en este momento escribe— y se lo está bebiendo.